

distinguido, se desdennan de asociarse con otros vecinos honrados, miran con desprecio la instrucción y gracias cuando aprenden á leer mal y á escribir peor... Pero convengamos con lo que dijo cierto poeta:

Loco estaba el mundo
Mil años atrás;
Loco le encontramos,
Loco ha de quedar.

DIA CUARENTA Y NUEVE.

Permaneció Duverney algunos dias en cama, durante los cuales ocurrió en la Cartuja un lance doloroso que vamos á referir. El señor de Arleville se habia ausentado, porque le habian comunicado violentamente, que habiéndose prendido fuego en una de sus casas de campo á seis leguas de Rosay, se habia quemado casi totalmente aquella granja. Durante la ausencia del señor Arleville se habia presentado á pedir hospitalidad en la Cartuja un jóven de familia conocida, á quien no podia rehusársele. Fué alojado en la casa de unos vecinos, mediante la recomendacion de la señora de Arleville, que no creyó conveniente llevar mas léjos su generosidad, por no estar al tanto de la actual conducta de Basilio, este era el nombre del muchacho. Al segundo ó tercer dia de su llegada, inspirado por su mala índole, se propuso destruir un sembrado de lechugas que el

buen hortelano German cuidaba con el mayor empeño. Acudió German al ruido, y desde luego procuró sujetarle á la razon; burlóse de él Basilio; German quiso quitarle el escardillo; nuestro valenton le trató de animal, de bárbaro y de borracho, diciéndole que fuese á dormir; el hortelano se llena de ira:—A mí me llamas borracho, le dijo, callad que sois un grosero... nunca tal cosa he oido de boca de mi amo.— Es demasiado bondadoso y si yo fuera lo que él, mucho tiempo hace que me hubiera desecho de un béstia como tú.—Anda, dijo German á uno de sus muchachos, véte á buscar á la señora, y ruégale que venga á librarne de un pillo.

A esta palabra de *pillo*, Basilio descargó sobre el pobre hortelano un gran bofeton, diciéndole:—Sabes, majadero, que una buena bofeta da equivale á un mediano sablazo? German, cegado de la cólera, quiso pegarle con la heramienta; pero como errase el golpe, corrió el muchacho á la casa en que estaba hospedado, y á poco volvió con dos floretes en la mano.— Como no es mi ánimo matarte, le dice, nos contentaremos con cruzar estos hierros, toma ese florete.—Pero...—Tómalo te digo, y si no te señalaré la cara.

Aturdido el buen German por tantos ultrajes, no sabe qué decir, ni para qué sirven aquellos pedazos de hierro que le presentan. Sus

subalternos quieren detener al furioso muchacho; pero por desgracia no acuden á tiempo para impedir que Basilio dé tres ó cuatro floretazos en el rostro al hortelano, haciendo brotar su sangre en abundancia.

Provenzal se apoderó de Basilio, y en union de María que acudió tambien en los momentos críticos del atentado, fueron á participárselo á la señora de Arleville.

Fácil es adivinar cuál seria el dolor de esta al ver las heridas del fiel German; sentia que no estuviese allí su esposo; pero pareciéndola indispensable dar un oportuno ejemplo de severidad, léjos de reconvenir inútilmente á Basilio, se contentó con mandarle que ayudase á curar las heridas del desgraciado hortelano, haciéndolo ella por sí misma, y al acabar le dijo con resolucion:—Todavía no teneis diez y siete años, y ya dais pruebas de verdadera ferocidad! Maltratais á un hombre respetable por sus años, que hubiera podido haceros amigos, si no fuera por el respeto que tiene á vuestra familia. Vos sois un cobarde, porque acometeis á un hombre queno queria defenderse. Y será posible que imitando á los espadachines, á quienes todo el mundo desprecia, solo hayaís de pensar en pistolas, floretes, espadas y desafíos? Mas á quién habeis propuesto un duelo? A un pobre campesino que no sabe siquiera lo que significa esa pala-

bra... Sin tener miramiento á la edad, ni á los servicios de un buen criado, le habeis llenado de injurias las mas groseras, excediéndoos en maltratarle! Imposible seria que me hubieseis dado mayor pena, en pago de la hospitalidad que recibís y de los ejemplos de virtud que presenta esta casa. No os daré por mi mano el justo castigo que mereceis, porque no lo hallo que sea bastante á purgar vuestro delito; mas allí están mis hijos y sobrinos, que por su edad serán mas indulgentes..... Ellos serán vuestros jueces. En este salon quiero que se forme un tribunal criminal: Enrique, Teodoro y Alejandro os habrán de juzgar, haciendo el primero de presidente. No creo que hallándoos culpado de un delito tan escandaloso, y probado con testigos irreprochables, necesiteis de abogado que os defienda... Sin embargo, Clara que siempre está inclinada á disculpar los defectos ajenos, tomará vuestra defensa.

El tribunal de familia.

Reinaba el mayor silencio entre los circunstantes: distribuyó Provenzal los asientos por su orden; sentóse el juicioso Enrique donde le tocaba por su antigüedad, y Alejandro y Teodoro á sus lados; ocupó Evaristo, que hacia de rela-

tor, la delantera de una mesa con su escribanía; Clara, trasformada en abogado se puso en pié á la derecha del presidente; hicieron que se sentara el reo en un tosco banquillo; colocaron al herido junto á madama de Arleville, y presentes los testigos tomó Evaristo la palabra en estos términos:

Funcion muy dolorosa para mí es la de servir de fiscal en un negocio como éste; como el reo Basilio puede decirse que ha atropellado la casa de su tierna bienhechora, de mi respetable tia, debo justificar la confianza de ella, despojándome de toda parcialidad y denunciándoos señores un delito que se acaba de cometer en esta tranquila Cartuja.

Esta mañana el llamado Basilio... ha tenido la bajeza de injuriar torpemente á ese anciano, propasándose con él á tales violencias, que el infeliz German recibió en su rostro varias heridas, de las que brotó su sangre en abundancia. Pido que sean examinados los testigos.

Provenzal y María dijeron lo que habian visto, y el hortelano en su interrogatorio contó la verdad del hecho; pero se advirtió fácilmente que trataba con bondad á aquel muchacho, y procuraba paliar las circunstancias agravantes del caso, diciendo que él tenia tambien parte de la culpa, por haber proferido algunas expresiones bastante duras, y concluyó suplicando

á los jueces tuviesen á bien contentarse con intimar al acusado á que fuese menos intrépido en lo sucesivo.

Levantóse madama de Arleville, y dirigiéndose á Basilio:—Ya ves, le dijo, el hombre á quien has ultrajado. Él solo conoce el perdón de las injurias, y tú parece que solo sabes prodigarlas; él te disculpa, implorando la piedad del tribunal en favor tuyo... ¡Oh, cuán culpable eres! Pero habla y defiéndete con toda humildad y miramiento.

—Yo he creído, dijo Basilio trémulo y lleno de emoción, yo he creído siempre que el honor era la primera regla de todo aquel que sabe pensar. A mi entender deben refutarse aquellas cosas que pueden causar perjuicio á nuestra reputación. He destruido unas cuantas lechugas en un rincón de la huerta, y siendo esta de mucha extensión, me figuraba que tres ó cuatro piés menos de terreno sembrado, no eran motivo de gran pérdida; y si daño había, dispuesto estaba á repararlo como era debido; pero llega el hortelano, me reconviene con altivez, le replico, se llena de ira, y por fin, habrá quien lo crea?... Si señores, tiene la osadía de llamarme pilla!... Esta palabra... si vivo algún tiempo... cada vez que la oiga, costará la vida al que se atreva á injuriarme con ella! Dejeme arrebatar de la cólera, no lo niego, es-

taba fuera de mí mismo, y...—Con que ya confesas, le dijo el presidente, que has cometido culpa en maltratar á ese anciano?—Ahora lo conozco, y en verdad que debí despreciar sus injurias; pero ¿por qué no ha querido darme satisfacción con la espada en la mano?—Ese es el colmo de la ceguera, replicó el presidente: por una parte, parece que te arrepientes de lo hecho, y por otra das á entender que no. ¿Quién duda que ha sido una gran locura desafiarse á un hombre de la edad y profesión de Gerinan? Sería decente que un viejo, y sin el menor conocimiento de la esgrima hubiera consentido en reñir con el hijo de una familia distinguida, con un muchacho á quien sentaría mejor la reprimenda del maestro que la caricatura del duelo? Ese es tu delito; es enorme y lo has agravado todavía, cometiendo despues unas brutalidades propias de un mozo de esquina. Siéntate, y deja que hable tu abogado, quien sin duda te defenderá mejor que tú lo has hecho.

Tomando Clara la palabra dijo así:—Señores, yo no veré en este infeliz reo sino á un simple extranjero, y preguntaré desde luego á la conciencia de sus jueces, de qué naturaleza es el negocio porque se ve presentado ante ellos? Ha sido por ventura cometido el delito con ánimo deliberado? Ha sido una venganza preparada desde muy atrás? y en una palabra, es

un verdadero crimen el suyo? No señores: probado está que el querellante y el acusado no se conocían, ni había entre ellos motivo de rencor y enemistad. Tenemos hoy un hermoso día empañado con algunas nubes; pero quién ha dicho que las nubes que por un instante entoldan el horizonte sean una furiosa tempestad? Trátase, pues, aquí de una pequeña desavenencia motivada por la impetuosidad de entrambas partes. Al mismo querellante le habeis oído decir que tuvo parte de la culpa, por haber excitado en demasía la cólera de un muchacho muy pronto en inflamarse, que hubiera debido prever las consecuencias de las palabras duras que le dijo, y en fin, confiesa que él ha sido el autor de su propia desgracia. Confesion preciosa! Y yo ruego encarecidamente al tribunal que la mire con la mayor atención. Por otra parte, Basilio no ha gozado de una educación como la que nosotros recibimos y aunque pertenece á una familia respetable, no todos los que tienen hijos saben la manera de dirigirlos con el acierto que á nosotros...

Estas consideraciones deben atenuar la falta y mitigar el rigor del castigo.

Convengo en que el acusado faltó á todos los miramientos debidos á un anciano; que ha sido violento y arrebatado; pero su corazón no está pervertido; fácil es notar que su sangre se

inflama con la mayor facilidad y es entonces cuando cede á sus arrebatos. Pido pues, que atendiendo á la confesion del querellante y á las razones que he espuesto, condene únicamente al reo, á dar una satisfacion al buen German.

Evaristo, como fiscal, resumiendo las diversas opiniones, probó que nuestro hortelano con una indulgencia nada comun, había querido disimular las sinrazones de su parte contraria y refutó con toda claridad lo que tenía de especioso la defensa de Basilio y la de su abogado.

Retiráronse Enrique, Teodoro y Alejandro á una pieza separada para deliberar sobre la sentencia, y despues de un largo rato, volvieron á comparecer en el tribunal pálidos y conmovidos á manera del juez que va á pronunciar un fallo de muerte.

Al tiempo que iba á hablar el presidente, rogó German al tribunal con las mas vivas súplicas, absolviere á Basilio; pero Enrique, haciéndole señal para que callase, pronunció en alta voz el siguiente fallo, que él y sus dos hermanos acababan de votar con toda prudencia: "El tribunal de familia, convocado para conocer sobre un delito del llamado Basilio... despues de haber oído á los testigos, al reo y á su defensor, hecho cargo de la gravedad del crimen de este jóven, que sin respeto á la vejez,

á la hospitalidad y á los fieles servicios de un hombre á quien sin que se defendiese ha injuriado maltratándole de palabra y de obra; condena al referido Basilio, primero, á estarse quince dias encerrado en un cuarto sin que pueda salir de él, ni comèr otra cosa que la sopa y el cocido. Segundo, á pedir inmediatamente y con toda humildad al llamado German, perdon por las injurias que le ha inferido; y tercero, á distribuir entre los pobres de la parroquia cuarenta reales de los que su padre le remita para sus pequeños gastos.

Madama de Arleville, que aguardaba con impaciencia el final de la causa, para poder apreciar la escrupulosidad de sus hijos y el resultado de sus opiniones, respecto de un delito que le parecia de los mas graves, apenas oyó la sentencia, mandó ponerla en ejecucion.

Volvió al dia siguiente de su viaje el señor Arleville, y manifestó que la granja incendiada valia muy poco, que habia encontrado al pobre casero metido en la cárcel, é injustamente acusado de incendiario, pero que habia conseguido probar la inocencia de este infeliz, descubrir á los envidiosos que le calumniaban, y dar con los verdaderos autores del incendio; de manera que el honrado casero quedaba libre, sus enemigos presos y la granja reedificándose.

DIA CINCUENTA.

El señor Arleville determinó dejar la Cartuja para no volver á ella en los años sucesivos, sino durante los meses de verano, y establecerse de una vez en Paris con su familia, para cuyo efecto habia comprado una hermosa y espaciosa casa en el arrabal de San Honorato, en situacion tan sana como la de Roseville, y con una excelente huerta. Deseaba nuestro padre de familias ir preparando á sus hijos mayores para darles estado.

Este importante proyecto que debia realizarse á la larga, sus viajes á Paris, y la adquisicion de la nueva casa, ocupaban la atencion del señor Arleville, y como entraba el mes de Noviembre, y por otra parte se iban quitando todos los dias muebles de la Cartuja para trasladarlos á la capital; no era posible vivir mas en aquella. Pero antes de abandonarla quiso terminar su plan de educacion de una manera

adecuada, y con este objeto escribió á sus amigos para que viniesen á pasar algunos dias en su compañía. Menival, á quien se debía la singular historia de la *Desconocida*, madama de Milangel, Hipólito Duverney, y otros que habian contribuido al entretenimiento de sus hijos por medio de historias morales, concurrieron muy gustosos á la Cartuja. Reunidos todos en ella la víspera de su marcha, hizo el señor Arleville colocar á sus personajes en el salon de estudio, y habló en estos términos:

“¡Con qué placer os veo reunidos en este sitio, queridos hijos míos; mis buenos amigos; sí, mis amigos, puesto que si os he procurado educar con dulzura, ha sido con la seguridad de que lo seriais algun dia! No es un preceptor el que habla con sus discípulos, es un padre, un tierno padre que se lisonjea de no haber omitido nada para que sus hijos se instruyesen, y que les da gracias por el empeño con que cada uno de ellos ha seguido sus consejos. Sí, cada uno de vosotros ha correspondido perfectamente á mi solicitud paternal, contribuyendo por su parte á desempeñar el plan que me habia propuesto. Todos habeis sabido apreciar y seguir las lecciones de moral que se os dieron bajo el velo del apólogo y de la ficción. He querido haceros virtuosos con el ejemplo de las virtudes, y he procurado desviaros del vicio,

poniéndoos á la vista el horroroso cuadro de los vicios. Vuestra sumision y docilidad merecen ser remuneradas, y este dia de las recompensas paternales ha llegado con gran contento de mi alma. Por lo mismo, antes de volver al tráfigo de la capital y dar giro á otros proyectos que deben separar de mí á algunos de vosotros, quiero dejaros prendas de mi afecto que puedan traerlos á la memoria vuestra feliz residencia por espacio de dos años en esta Cartuja de Roseville. Nunca, hijos míos, nunca sereis mas felices que aquí lo habeis sido! Nunca disfrutareis mayor tranquilidad de ánimo! Acordémonos de la deliciosa vida que hemos pasado juntos en este asilo campestre; y si alguno de vosotros notare que su hermano se desvia de las sábias máximas que ha recibido aquí, no tiene, para reducirle á la razon, mas que decirle:—*Y así te has olvidado hermano mio, de la Cartuja de Roseville!*

“Hipólito Duverney es quien va á llamaros á todos, uno por uno; y Menival, vuestra madre y yo, distribuiremos los premios que habeis merecido.”

DISTRIBUCION DE PREMIOS.

HIPÓLITO.—Premio de *dulzura y de cariño fraternal* concedido á Clara de Arleville, por haber procurado disculpar á sus hermanos cuando éstos incurrian en algun defecto.

EL SEÑOR ARLEVILLE.—Recibe, hija mia, las *Cartas de madama de Sevigné*. Consérvalas, leelas con frecuencia, y en ellas aprenderás á ser tan buena madre como has sido buena hija y hermana cariñosa.

HIPÓLITO.—Premio de superioridad en las lenguas latina, francesa, inglesa é italiana, que pertenece á Enrique de Arleville.

EL SEÑOR ARLEVILLE.—Ahí tienes, hijo mio, la *Eneida* de Virgilio, el *Telémaco* del ilustre Fenelon, el *Espectador inglés*, la *Jerusalén* del Tasso, y las obras de *Metastasio*, que te regalo para que te perfecciones en cada una de estas lenguas que has aprendido con tan buen éxito. Juicio tienes para conocer las bellezas de estos

célebres autores con sus originales; pero lo que no puedo recompensarte dignamente es el cariño que profesas á tus padres, y lo adelantado de tu razon, que ya se halla tan madura como si contases diez años mas.

HIPÓLITO.—Premio de *generosidad y desinterés* adjudicado á Elisa de Arleville, por haber sacrificado sus ahorros para enviar, sin saberlo sus padres, pan, carne y algunos otros socorros al pobre tejedor que se halla tan enfermo y sin poder trabajar.

EL SEÑOR ARLEVILLE.—Te pones encendida, hija mia! Ya veo que te admiras de ver descubiertos estos actos de tu caridad; pero ten entendido querida Elisa, que un padre cuidadoso descubre siempre las buenas ó malas acciones de sus hijos, por mucho que quieran ocultarlas. El premio, pues, de tus excelentes prendas, son estas *Obras completas de madama Ricoboni*, cuya lectura podrá suavizar el dolor que espermentes, viendo correr las lágrimas de los infelices.

HIPÓLITO.—Premio de *elocuencia y de arte oratoria*, concedido á Teodoro de Arleville por su rara facilidad en espresarse, y porque posee el envidiable talento de persuadir con eficacia.

EL SEÑOR ARLEVILLE.—Precioso talento, sin duda, hijo mio; pero esto se entiende cuando

lo empleamos en defender al oprimido, ó en celebrar las virtudes del hombre de bien. Toma, pues, las *Oraciones* de Ciceron, las fúnebres de *Flechiér* y las *Causas célebres*. Las unas te ofrecerán modelos para elogiar á los verdaderos héroes, y las otras te enseñarán á profundizar las cosas, y á conocer los terribles combates porque pasa muchas veces la inocencia.

HIPÓLITO.—Premio de *trabajo, de aplicación y actividad* concedido á Flavia, sobrina de madama de Arleville, por sus constantes estudios y por los progresos que ha hecho en diferentes habilidades.

EL SEÑOR ARLEVILLE.—Es una cosa muy loable, mi amada Flavia, sacrificar cuando jóvenes hasta las mismas horas destinadas para el recreo, empleándolas en el estudio, porque con eso se recoge con anticipacion el fruto de la buena enseñanza. Toma, pues, las *Obras de madama de Genlis*, y en ellas observarás que esta señora nunca supo desperdiciar un minuto en su vida, y que ha trabajado tanto como el mas fecundo literato.

HIPÓLITO.—Premio de *declamacion y de buena memoria* que corresponde á Cipriano de Arleville, por cuanto sabe íntegras y declama con el tono correspondiente, las mejores escenas del famoso Corneille.

EL SEÑOR ARLEVILLE.—Cipriano es algo fogoso: mas espero que se corregirá con el tiempo. Declama bien, pero no quisiera verle tan dedicado al arte teatral; aunque tiene inteligencia y merece que se le regalen las tragedias de Corneille y de Racine. Deseo, Cipriano, que te dediques á otros trabajos de mas importancia, ya que tu entendimiento vivo y despejado, te asegura buen éxito en otros estudios mas provechosos.

HIPÓLITO.—Premio de *lectura, de ortografia y de estilo epistolar*, adjudicado á Virginia de Arleville por haber seguido una correspondencia muy agradable con su prima Adriana, no obstante que vivian en una misma casa, con el laudable fin de ejercitarse en tan interesante tarea.

EL SEÑOR ARLEVILLE.—Supongo, querida Virginia, que no sospechabas que hubiera yo descubierto esta correspondencia; pero no te quejes de que haya violado el secreto de tus cartas, que se me facilitaron para que juzgase de tus talentos. ¿De qué te avergüenzas? He hallado mucha gracia y bastante ingenio en tu estilo, atendiendo á tu corta edad. Recibe como recompensa estas *Cartas de Ciceron* traducidas en tu lengua, que, aunque son algo superiores á tus alcances, podrás con el tiempo

apreciarlas mas y formar tu gusto siguiendo tan excelente modelo.

HIPÓLITO.—Premio de *juicio y madurez* que se consigna á Alejandro de Arleville, el cual se complace con la lectura de los libros de mas sentimiento y moralidad.

EL SEÑOR ARLEVILLE.—Mi Alejandro tiene la imaginacion algo melancólica, y tal vez no debiera yo dar pábulo á su seriedad con el presente que ahora le hago; pero es menester por ahora contemporizar con sus inclinaciones. Ahí tienes las *Noches de Young* y el Poema del *Juicio final* por el mismo autor.

HIPÓLITO.—Premio de *habilidad y destreza* concedido á Adriana de Arleville porque cose y borda con todo primor, para la poca edad que tiene.

EL SEÑOR ARLEVILLE.—Muy bien merecido; Adriana que es hábil en todas las obras peculiares de su sexo, hará una buena esposa y una excelente madre de familia. Recibe de mi cariño este estuche con agujas de oro, y los demas útiles para la costura y el bordado, de metales preciosos. Quiero que leas tambien las *Aventuras de Robinson Crusoe*, para que veas en ellas á lo que estamos espuestos en esta miserable vida, aun cuando seamos hijos de padres hacendados, viéndonos muchas veces en la deplo-

rable situacion de hacerlo todo por nuestra mano, en cuyo caso es utilísimo saber preparar nuestra comida y coser nuestros propios vestidos.

HIPÓLITO.—Premio de *bellas artes* adjudicado á Evaristo, sobrino de madama de Arleville, porque canta, dibuja, etc, con particular talento.

EL SEÑOR ARLEVILLE.—Al paso que recompenso en tí, querido mio, las habilidades en que te has ejercitado, te pido cultives las ciencias; y por tanto, con los dibujos, grabados, pinturas y papeles de música que aquí estás viendo, te doy la *Arquitectura* de Vitrubio y el *Diccionario de Invenciones y Descubrimientos útiles*.

HIPÓLITO.—Acercáos vosotros, Mariquita, Francisco, Antonio, Eugenio y Carlos: venid á recibir el premio que vuestra edad permite se os adjudique.

EL SEÑOR ARLEVILLE.—Aquí teneis, amigos mios, el *Almacen de los niños*, las *Conversaciones de un padre con sus hijos*, sobre la *Historia natural* por Dubrocca, y las *Fábulas de La-Fontaine*.

Hijos mios, prosiguió diciendo el señor Arleville y dirigiéndose á todos:—Cada uno de vosotros parece feliz, y yo lo soy mas de lo que

pudiera esperarlo. Se acabó este último día de la Cartuja, que para mi corazón es el mas agradable de todos. Y en efecto, ¿habrá cosa mas lisonjera que veros á todos instruidos y virtuosos, tener que aplaudiros y recompensaros? Ah! esta es la tarea mas preciosa, la felicidad mas pura de un padre de familia!

CONCLUSION.

Yo tambien he desempeñado mi tarea... Tarea la mas noble á que me he dedicado jamás, que es la de hablar al corazón y á la inteligencia de mis jóvenes compatriotas, procurando divertirlos instruyéndolos. Si acaso me preguntaren por la familia de Arleville, no necesito decirles que cada uno de esos muchachos llegó á ser esposo y padre, haciendo las delicias de su familia; porque ya conocerán mis pequeños lectores que despues de haber recibido tan buena educacion, no podian menos de ofrecer á la sociedad modelos de excelentes padres y de ciudadanos irreprehensibles. He cumplido lo que me propuse al principio, que fué describir sus *Dias en el Campo*. He sabido amenizar sus recreaciones? He dado algunas pruebas de imaginacion? Mis historias, apólogos y fábulas tienen moralidad? En fin, he conseguido mi propósito? Aquellos para quienes escribo serán mis jueces, y por muy riguroso que sea su fallo, me lisonjeo de que harán justicia á los deseos que me han animado de ser útil á la amable juventud.

FIN.